

LA SEÑORA DE ARDANZA¹

Raúl Guerra Garrido

Con las manos ocupadas en la suntuosa tela sonríes, desafías a tu imagen en el espejo del probador, a los sutiles pliegues que de inmediato se acumulan en tu rostro. La arruga no es bella sino canalla. El tiempo no es un buen cómplice, a la larga termina denunciando cuanto sabe y él mismo propicia. Sonríes a tu amiga Coro, "tengo que hablarte" dijiste al convocarla por teléfono y ahora no te cuesta adivinar su pensamiento, sería el tuyo de ser la cita a la inversa, esa frase se pronuncia cuando no tiene nada que decir o quieres hablar mal de otra persona: estará pensando en el pobre Josean.

Si sales de compras te gusta empezar por Auzmendi y no sólo porque la tienda esté al principio de la avenida. Acaricias la espesa dulcedumbre de la larga falda amarilla de seda rizada y tratas de combinarla con el chaleco de punto, también de seda, ambos de Roberto Verino, tu figura todavía resiste. Sabes que la moda es un cúmulo de mensajes tan secretos como descifrados que se lanzan al sexo opuesto, pero también sabes que para ti ya no hay interlocutor ni interesante ni interesado, lo tuyo es un monólogo. Tu amiga se prueba una imposible chaqueta de Nacho Ruiz, inviabile puesto que es obligatorio el llevarla directamente sobre la piel y no está en edad. La tuya, érais del mismo curso. Entre los complementos escoges un pañuelo.

Es difícil de explicar tu desasosiego y el por qué insistes en preguntarte, ¿esto es todo?, cuando acompañas a los niños al cine, cuando te acuestas con tu marido, cuando sales de compras, cuando respiras. Tendrías que recurrir al sentimiento trágico de la



vida, al concepto de la angustia, al ser y la nada, a frases que te suenan a títulos de farragosos libros que desde luego no leíste nunca y mucho menos en las aulas de la Asunción. Te ves tan jovencita con tu uniforme azul marino y el capulé rojo; quizá te estuvieran preparando para asumir con compostura, sin aspavientos, una decisión tan importante como la que vas a tomar ahora, tantos años después. Tratas de explicárselo a tu amiga con una viva imagen.

- Mira, tantos años y aquí estoy, con las manos vacías.

Dejas caer el pañuelo de Courreges y en tus manos extendidas hay un fulgor de cerezas; en la derecha la alianza de oro se empaña ante el brillo de los diamantes y su reflejo en la pulsera; en la izquierda el Rolex que ciñe tu muñeca se luce en solitario. Como suponías, tu compañera no comprende tan emblemático gesto. Te dice:

- No seas melodramática, si tienes algún problema cuéntamelo. Si quieres, claro. ¿Es con Josean?.

- No, no, por Dios, mi matrimonio va bien. Como siempre.

- ¿Entonces?.

- No lo sé, la soledad, el vacío.

Tampoco son los hijos, concluyes sin saber muy bien si te engañas o desengañas. El chico haciendo un master en Oxford, la chica con su marido en un disparatado apartamento al otro lado de la ciudad y sin ganas de convertirte en abuela: ya no hay niños que llevar al cine ni obligaciones que cumplir. A Josean apenas le ves al acostarte, la fábrica le ocupa toda la imaginación. La unidad de tiempo que más lentamente transcurre es la hora y son tantas las horas que separan al desayuno de la cena cuando al mediodía nadie viene a comer a casa. La soledad es lo que peor soportas, no sólo pone de manifiesto tu vacío sino que además lo ahonda excavando en él con feroces garras de animal suicida.

En el Maitena la lencería es exclusiva, una locura. Decides que quien luce encajes blancos quiere parecer dulce e inocente, mientras que el rosa indica romanticismo y el negro es la bandera corsaria del erotismo. Se te humedecen los ojos; pero no vas a llorar. Las largas horas del día las cumples con la misma rigurosa disciplina: del gimnasio a la sauna y de la peluquería a cualquier exposición de pintura o a lo que aún es peor, a la presentación de un libro, o quizá a un concierto, a lo que haya. Renuncias al negro y te inclinas por dos prendas de Evelyn en tonos beige con un maternal consejo en la memoria: pero siempre limpiísimas por si te ocurre algo en la calle. Añoras las felices lágrimas de la infancia.

Agradeces que ahora sea Coro quien se pierda en meándricas explicaciones, vano consuelo en el que ella misma no cree, porque así te da un respiro. "A veces es verdad que una siente una inquietud extraña, una sensación de disgusto que no sabe de donde procede, pero no hay que dejarse dominar, a la depre se la evita cambiando de ambiente, ¿sabes?, los viajes son mano de

santo, vete con Josean a cualquier parte, a Nueva York por ejemplo, verás como se te pasa". No te atreves a decírselo, todavía no, es tan pragmática. No sabe hasta que fondo ha calado tu inquietud porque lo ha hecho hasta esa zona oscura en donde la muerte no representa amenaza sino alivio y eso es algo inimaginable para quien ante cualquier dolencia tiene remedio. No es que desee morir, te dices a ti misma, es que la vida ha perdido su aliciente o aún peor, es que los que tuvo apenas puede considerarlos ya como tales. Rechazas su tesis con un argumento irrefutable.

- El mes pasado estuvimos en Nueva York, es allí donde se compró el traje de Ralph Lauren y el mío de Michael Kors.

Vuelves a leer en los ojos de tu amiga la sospecha esencial, piedra angular del ama de casa, si no hay un motivo concreto y querías hablarme el tema es Josean. Coro no es muy inteligente pero posee la lúcida intuición de lo cotidiano, gravimétrica sopesa en sus justos términos cualquier acontecer diario y por eso se equivoca: no procede de un acto mensurable la angustia que en tu garganta se anuda impidiéndote explicar lo que no entiendes y lo que, de poder hacerlo, ella no comprendería puesto que no lo padece. Aceptas su duda, incluso con indiferencia, cuando te lo explicita.

- Venga, si necesitas desahogarte confía en mí, ¿hay otra de por medio?.

La existencia de la otra sería algo tangible a lo que sabrías enfrentarte por más que te desgarrase, puede que hasta lo prefirieses si tuvieras opción a elegir; los problemas concretos siempre tienen remedio y la reconciliación puede ser un inédito estímulo, un nuevo sentimiento preferible al no sentir. No crees en su existencia. La otra es algo que toda mujer adivina en un aroma imperceptible, en el azar de una mancha, en un indiferente matiz del hastío entre las sábanas. Puede que alguna vez te haya engañado, pero nada serio, calculas, no lo resistiría, sus nervios no resistirían la tensión de una doble vida.

